



Arxiu històric FUNDACIÓ JAUME BOFILL

# Intervención de Raimon Obiols en el simposio sobre “Cristianismo y euroizquierda”

Instituto Fe y Secularidad, Fundación Friedrich Ebert, Instituto de Filosofía del CSIC

DESEMBRE 1990

FUNDACIÓ  
*Fundació*  
JAUME  
*Jaume*  
BOFILL  
*Bofill*

INTERVENCION DE R.OBIOLS EN EL SIMPOSIO SOBRE

"CRISTIANISMO Y EUROIZQUIERDA"

(Instituto Fe y Secularidad, Fundación Friedrich Ebert,  
Instituto de Filosofía del CSIC, 13 de diciembre de 1990)

En visperas del 60. congreso del PSC hicimos un llamamiento a una recuperación del diálogo y la colaboración entre el socialismo y el mundo cristiano. He enviado a los organizadores de este simposio un artículo aparecido en "La Vanguardia" hace un par de semanas en el que intenté precisar el carácter y el contenido de esta propuesta.

No insistiré en ello, por lo tanto, y voy a tratar de explicarme en relación a las motivaciones más de fondo -si ustedes quieren, teóricas- de esa iniciativa, puesto que, lógicamente, cuando un dirigente político avanza un llamado de esta naturaleza puede ser objetivamente sospechoso de hacer un planteamiento político-electoral, o electoralista en el peor de los casos.

Se nos pidió, al invitarnos a este simposio, primero cuáles son los temas sobre los que sería posible una colaboración fructífera entre el cristianismo y la euroizquierda. En segundo lugar, si esta colaboración debe situarse en un futuro inmediato o mediato. Tercer, qué obstáculos habría que superar. Y cuarto, bajo qué condiciones podrían realizarse este diálogo y esta colaboración.

Empiezo por la última de las cuestiones. Creo que la respuesta aparece claramente: bajo condiciones prácticas adecuadas. En un contexto muy condicionado por los grandes medios de comunicación y la gran industria cultural, debemos esforzarnos en construir ámbitos e instrumentos: publicaciones, encuentros, simposios como el que realizamos. Nada cae del cielo, y sin estos elementos concretos es inútil esperar un clima propicio. Los climas culturales y políticos no son fatalmente aleatorios. Pueden crearse o favorecerse mediante unas condiciones prácticas adecuadas que hoy -hay que añadir- apenas existen. Ahí hay pues un primer objetivo.

En segundo lugar, hay que adoptar lo que planteaba Manuel Azcárate: actitudes tolerantes. Y, añadiría, no sólo tolerantes sino también activas. Quiero decir con ello que no basta perseguir la sensibilidad por la tolerancia, abrirse a distintas interpretaciones, rechazar los fanatismos vengan de donde vengan, las actitudes "ontológicas" que desde la "posesión de la esencia de la verdad" juzgan como "errores" o como "enfoques ideológicos" las interpretaciones distintas de la propia... sino que también hay que mirar la otra cara de la moneda y tratar de superar actitudes desencantadas, relativistas, que -no nos engañemos- son mayoritarias en este momento en el mundo cultural y en el político. Hay que ir a buscar actitudes intelectualmente y políticamente activas (me referiré, en la parte final de mi intervención, a la necesidad de una recuperación de la dimensión política en la cultura europea de hoy).

Creo que deben proponerse actitudes "hermenéuticas" (quiero decir, que traten de mantener lo que Habermas ha señalado como la sabiduría fundamental de la hermenéutica: la idea que resulta una ilusión aspirar a poder decir la última palabra). De lo que se trata es de descifrar, interpretar, en lo posible nuestro mundo y nuestra acción en el mundo, y de hacerlo en el diálogo desde distintas perspectivas, desde el pluralismo.

Creo que hay dos factores muy importantes que, en estos momentos, impulsan a la izquierda europea en esta dirección, hacia actitudes de una considerable "modestia epistemológica".

En primer lugar, los acontecimientos: la tremenda conmoción de los dos últimos años. El inolvidable 89, como diría Occhetto. Lo que ha sucedido y sucede, como verdadero seísmo, no sólo en la Europa ex-comunista, no sólo en la URSS, también en todo el mundo.

Ahora bien: lo no previsible (y lo no previsto), en su alcance, sus caracteres, su ritmo, es en sí una muy contundente lección de humildad epistemológica para todos, también para la izquierda, y puede ser una buena base de apoyo para un diálogo y una colaboración como los que nos proponemos.

También hay, creo, una conciencia que actúa más en profundidad. Hoy, como se ha señalado, podemos intentar un balance de lo que han significado, en el siglo que termina, figuras tan diversas como Marx, Freud o Nietzsche, y coincidir en lo que señala el filósofo francés Paul Ricoeur: que en ellos aparece un rasgo común: la convicción de hallarse, ellos mismos, en el umbral decisivo, en el linde entre las ideas que oscurecen, velan, la realidad, y el conocimiento científico que va a permitir desvelar, descubrir, los mecanismos reales del funcionamiento de la realidad. La conciencia común entre esas grandes y diversas figuras del siglo XX, de que las representaciones dominantes son como máscaras tras las cuales la auténtica verdad podrá ser iluminada, la realidad podrá aparecer desnuda. Que mediante la ciencia, y contra la ideología que vela la realidad, es posible el avance definitivo.

La imagen dominante en estas personalidades que han marcado el siglo es la del desenmascaramiento, la acción de quitar la máscara, desvelar, revelar el rostro auténtico de lo real. Y, al mismo tiempo, explicar por qué se había colocado la máscara, por qué se había querido ocultar la realidad. Esta concepción de un desenmascaramiento que constituye una liberación, o la premisa de una liberación, ha marcado el siglo y ha marcado a la izquierda.

La izquierda ha estado muy condicionada por esta pauta, que ha dado origen a enfoques no sólo míticos, sino también muy peligrosos. El fenómeno principal ha sido ahí la enorme primacía de las filosofías de la Historia sobre las filosofías políticas.

Hoy creemos que detrás de una máscara a menudo no aparece el rostro deslumbrante de la verdad. Tal vez otra máscara, que cubre tal vez una tercera ... Y creemos, por consiguiente, que un enfoque práctico y sensato consiste en mantener, como método, la abolición de la asimetría entre "saber ideológico" y "saber científico". De nuevo, ahí, una gran modestia epistemológica. De nuevo una gran abertura a la idea de que las ideas del otro, del que no piensa como nosotros, son necesarias. Que la única aproximación plausible a la realidad -una realidad que nunca hemos de llegar a descifrar plenamente- es la que pasa por el diálogo entre interpretaciones distintas, efectuadas desde perspectivas distintas.

El segundo tema que quisiera comentar brevemente es el de los obstáculos a superar. Creo que con lo que llevo dicho podríamos sacar la conclusión de que muchos antiguos obstáculos han sido en buena parte superados. Hoy se trata, está claro, de reeditar una versión actualizada de un diálogo entre cristianismo y marxismo. Se trata de otra cosa bien

distinta, y me parece feliz, en este sentido, que el título de este simposio hable de colaboración (y no sólo diálogo) entre el mundo cristiano y la izquierda europea.

De lo que se trata en este momento es de darse cuenta de que es posible una colaboración entre ámbitos del mundo cristiano y del mundo de la izquierda (el socialismo democrático, de un modo relevante) que no son ámbitos cerrados e impermeables sino realidades que en buena medida se superponen, se solapan. De hecho, en los movimientos, partidos y sindicatos de la izquierda hay creyentes y no creyentes actuando, y en el mundo cristiano mucha gente comparte posiciones de la izquierda. No se trata de dos mundos extraños que se puedan plantar, desde el distanciamiento, un eventual diálogo o una posible colaboración. Se trata de ámbitos plurales e imbricados mutuamente, que pueden y deben enriquecerse mutuamente.

He hablado de pluralidad de la cultura de la izquierda, pero no quisiera que esa realidad apareciera como muy difuminada, impalpable, sin límites. Ello no sería cierto, ni probablemente lo será. Hay y habrá una cultura política de la izquierda, en Europa, que no es monolítica, que es plural, pero que tiene una identidad clara y distinta, en su tradición, en su realidad actual y en sus elaboraciones innovativas. En Europa es el socialismo democrático su sujeto central, aunque no sería exacto dar a éste una connotación exclusivamente europea.

Por lo que se refiere a su tradición, no excluye a Marx de sus raíces, pero no se identifica con el marxismo ni se identifica como marxista. La tradición es plural y es -debe ser- un patrimonio de nuestro pasado que no signifique un lastre sino un impulso hacia adelante. Me parece válida, en este sentido, la parábola de Franz Kafka, que soñaba transitar por un camino, acompañado siempre por alguien que, a sus

espaldas, lo empujaba hacia adelante, mientras que un segundo personaje, frente a él, obstaculizaba su andar. Esta debería ser la relación agonística de la izquierda con su tradición: no el espejismo o la hipnosis que pesa, que retrasa, sino el estímulo que impulsa a avanzar. En otras palabras: que preserve y mantenga fidelidad al pasado pero no ataduras.

Existe una cultura política de la izquierda europea, plural pero con unos rasgos bien definidos, en su tradición, en su pretensión de saberes y en su afirmación de valores, e incluso en sus dificultades. Y creemos que es importante hacer cuanto esté en nuestra mano para preservarla, desarrollarla y enriquecerla, y en todo ello los cristianos tienen un papel esencial.

Como rasgos principales de esta cultura política podrían señalarse el realismo y el humanismo. Por un lado, realismo: pretensión de un "cambio realmente posible", atención a los condicionantes de la naturaleza y de la vida del hombre, conciencia de la multiplicidad y complejidad de la vida frente a la simplificación, esquematización, abreviatura, que significa siempre todo pensamiento. Por otro lado, humanismo: atención preferente al ser, las relaciones, las capacidades del hombre, en la doble perspectiva de su libertad y de su desarrollo como hombre. Y sobre tal base, la pretensión de adquirir conocimientos y de actuar sobre la relación naturaleza-hombre, problemas de carencia material y espiritual, de conflicto, opresión, alineación o marginación. En una acción orientada a preservar unos valores, muy esencialmente la libertad de cada mujer y cada hombre, y el establecimiento de las condiciones materiales, morales y culturales de su posible desarrollo completo.

Esta cultura política de la izquierda europea, con sus rasgos básicos de realismo y humanismo, no es reconducible a puro método ni es asimilable a posiciones filosóficamente neutrales, sino que en ella se produce la compatibilidad con diversas concepciones generales, filosóficas o religiosas, que confluyen en su pensamiento metódico general y en su acción, pensamiento y acción que, en fin, resultan pluralistas en el terreno filosófico o en el de las creencias.

Las posiciones expresadas por el partido socialdemócrata de Alemania en su nuevo "programa básico" me parece que concretan de manera muy satisfactoria este aspecto: "en el partido colaboran hombres de distintas convicciones y de distintas posiciones religiosas. Sus puntos de acuerdo descansan en valores básicos comunes y en iguales objetivos políticos (...) Vemos con buenos ojos y respetamos las convicciones personales y las posiciones religiosas; éstas nunca pueden ser sometidas a decisiones de partido".

Finalmente, quisiera referirme a la cuestión de los temas. Uno que me parece absolutamente fundamental es el de la dignificación de la política democrática. Esta política está hoy y aquí bajo sospecha, está siendo desprestigiada -a menudo de modo no inocente- y de ésto la culpa es en buena medida de los políticos, pero no exclusivamente.

En todo caso hay que señalar la existencia de fenómenos más profundos que debemos calibrar y analizar en todos sus aspectos. Para señalar uno que me parece importante podríamos referirnos a lo que Hannah Arendt señalaba como "la vieja hostilidad de los filósofos frente a la "polis"". Ahí hay un gran tema de fondo.

La Arendt, que surcó en vida una trayectoria intelectual digamos que minoritaria, aparece hoy como una figura que



tenía razón en muchas cosas. Por ejemplo, en su persistente manía de integrar la política en una concepción general de la cultura. O en su afirmación de que el hombre apolítico, el hombre políticamente apático no sólo es una persona mutilada, incompleta, sino también amoral.

Filkienkraut -al que citaba Azcárate en su intervención- se extrañaba, después de una conferencia que dio en Madrid, de que prácticamente nadie, incluso aquellos que aman o practican la filosofía, conociera la obra de Hannah Arendt. Si cito esto es para señalar mi convicción de que en esa obra se halla un filón importante para evitar (para evitarnos) un riesgo para la izquierda. Este riesgo es el siguiente: que en los momentos actuales, con sus angustias e interrogantes, esta especie de "síndrome de no-saber" conduzca de nuevo a la pretensión de desvelar la realidad mediante teorías muy omnicomprensivas. En otras palabras: lo que deberíamos pretender, en nuestro diálogo y nuestra colaboración, no es la vana pretensión de buscar o reavivar nuevas filosofías totalizantes de la Historia, sino la pretensión de desarrollar filosofías políticas, modestas y prácticas, para nuestro tiempo.

Y se me ha acabado el tiempo. Pero si me permiten un par de minutos de prórroga, diría que los temas deberían ser, desde mi punto de vista, primero: la discusión de una filosofía política de nuestro tiempo, más que la pretensión (o mejor, la tentación) de crear o reavivar filosofías de la Historia; segundo, la iluminación, a través del estudio, de la investigación, del diálogo, de los fenómenos principales de nuestro tiempo (un tiempo caracterizado por la super-información, por el ruido que obstaculiza muchas veces la percepción clara de los fenómenos-; y tercero: un objetivo común que podría resumirse en la fórmula gramsciana de una "reforma intelectual y moral" de nuestra sociedad, en la que la dimensión ya no sólo de una relación de los hombres entre

si, sino de los hombres con la naturaleza, adquiere sin duda un gran calado.

Se pregunta también, en el cuestionario del simposio, no sólo sobre los temas sino sobre las áreas. Estas áreas deben ser las organizaciones -quiero decir, los partidos, sindicatos, asociaciones y entidades de distinto tipo-, organizaciones que deben ser radicalmente autorreformadas para hacer frente a los cambios espectaculares que presenciamos. Esto no se resuelve con una apelación a los "movimientos sociales", que a veces son un hecho real y a veces una entelequia consolatoria. Hay que pensar también en nuevas formas para la política, tal vez nuevos movimientos políticos. Por ejemplo, nuevas entidades que tengan por vocación el ser verdaderas "escuelas de política". Cuando la política está bajo sospecha, no ya por el hecho de ser a menudo un espectáculo, sino por ser un mal espectáculo, tal vez deberíamos dejar de lamentarnos sobre la espectacularización de la política y tratar de que ésta se convierta en el mejor espectáculo posible, con los mejores guiones posibles, los mejores textos, los mejores actores. Tal cosa no se improvisa, hay que aprenderla, y son sobre todo los jóvenes quienes deben aprenderla. En el ámbito de la izquierda, y con un enfoque plural, tal vez deberíamos pensar en la constitución de escuelas de política para los próximos tiempos.